



LA **Red-VISTA** DE UMBRA**L**

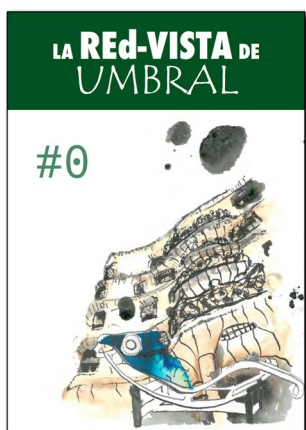
#1

Revista de difusión gratuita de UMBRAL - Red de asistencia “psi”

Azzarini

Red-VISTA UMBRAL

consulte nuestras publicaciones on line en <https://umbral-red.org>



Contenido #1

LA RED-VISTA DE UMBRAL

- 5 *Nota editorial*
MARIANA LEIBNER
- 7 *Infancia y familia hoy*
RITHÉE CEVASCO
- 11 *Sobre maternidades*
LAURA KAIT
- 15 *La familia y el parentesco*
MIQUEL RIERA
- 19 *Entrevista a Saïd el Kadaoui*
POR LAURA FRUCELLA
- 27 *El coste de trascender y crear una familia en tiempos
hipermodernos*
SILVINA MOSQUERA GENLOT
- 31 *¿Qué tal la familia...?*
JORGE CHAPUIS
- 35 *Un trozo de pan con mantequilla*
MARIANA LEIBNER ALVAREZ
- 35 *Tres poemas*
ROSA NAVARRO
- 39 *La familia, ¡aún!*
LAURA FRUCELLA
- 43 *El psicoanálisis con los niños y sus familias
en Ciutat Vella*
MICHEL SOCORÓ CARRIÉ
- 47 *¿Por qué mi madre no me quiere?*
ROSA NAVARRO

UMBRAL - Red de asistencia “psi” — <https://umbral-red.org>

Equipo de Coordinación

VERÓNICA BOGAO

M. LAURA FRUCELLA

LAURA KAIT

ALEJANDRO PIGNATO

ALEJANDRA QUINTAS

coordinacion@umbral-red.org

Equipo de Derivaciones

VERÓNICA BOGAO

LAURA KAIT

ALEJANDRA QUINTAS

derivaciones@umbral-red.org

Equipo de Formación

GRAZIELLA BARAVALLE

LAURA KAIT

formacion@umbral-red.org

Equipo de Publicaciones

FRANÇOIS DESPLECHIN

M. LAURA FRUCELLA

ALEJANDRO PIGNATO

publicaciones@umbral-red.org

Tesorería

ALEJANDRA QUINTAS

tesoreria@umbral-red.org

Equipo de Difusión

MATILDE MAYOR

SILVINA MOSQUERA

ROSA NAVARRO

IVÓN OVIEDO

MICHEL SOCORÓ

difusion@umbral-red.org

#1

Staff de La RED-VISTA

M. LAURA FRUCELLA

MARIANA LEIBNER

SILVINA MOSQUERA

red.vista@umbral-red.org

Sede Girona

ENRIQUE ATZENWEILER

AITOR ESPAÑA

ALICIA GARCÍA FERNÁNDEZ

IVÓN OVIEDO

umbralgirona@umbral-red.org

Sede Tarraco

CLARA BERMANT

ROSA NAVARRO

FANNY TAYANT MARTÍNEZ

umbraltarraco@umbral-red.org

Nota editorial

MARIANA LEIBNER

Desde hace más de cien años que, en el diván, se expresan cuestiones que tienen que ver, directa o indirectamente, con los primeros vínculos afectivos —madres, padres, hermanos, abuelos, etc.— o con quienes desempeñan para el sujeto algunos de estos papeles. En definitiva, se trata de aquellas personas que nos dan un lugar en un grupo de pertenencia, nos permiten sentar las bases de una identidad propia y formar parte de una cultura. Pero esto no quiere decir que este grupo primordial al que llamamos familia sea un compendio de características fijas y eternas. Como toda creación humana, la familia es revisada cada cierto tiempo, tanto en su definición, como en su relación con otras instituciones sociales, como el Estado o el sistema económico, y también con los derechos humanos o la religión. La propuesta de este número consiste en acercarnos al concepto de lo familiar desde el psicoanálisis de nuestros días.

Los psicoanalistas tenemos en gran estima un segundo sentido del término familiar. Freud reparó en que el vocablo alemán *Unheimlich*, que corresponde al significado de ex-

traño, es usado a veces para connotar lo contrario, aquello del orden de lo cercano y familiar. Así, ha conseguido hacernos palpar todo lo que subyace debajo de ese estado de cotidianidad doméstica que atribuimos a las situaciones familiares. En ellas, por momentos, se difuminan los límites entre lo conocido y lo inquietante; ese perfil desconocido en la calle, aquel fragmento de estribillo que parece volver de mil años atrás, nos sacuden de una forma sorprendente y sin embargo, familiar.

El modo inconsciente en que puede relacionarse un estímulo exterior cualquiera con algún rincón de la memoria, es uno de los procesos más apasionantes para el psicoanálisis. Y la diversidad de caminos en que puede derivar un instante de sorpresa, hace que haya tantas asociaciones a lo familiar como manos hojeando esta revista.

De alguna manera, lo familiar implica a cada persona de forma singular y a toda la sociedad. Tal vez por ser también una construcción social, resulta un concepto poliédrico, en el que cada cual se ubica como quiere y como puede. Y al mismo tiempo, esta misma particularidad permite

un acercamiento a lo familiar desde diferentes lecturas, diferencias que conforman una de las razones de ser de esta revista. Más allá de las infinitas posibilidades de composición familiar que hoy forman parte del debate político, el decir subjetivo puede girar como una planta rodadora en medio del desierto o trepar por la frondosa enramada de su novela familiar. Dependerá de cada caso, de

cada momento y de muchas otras cosas que estarán por verse.

Con la propuesta para este primer número, intentamos hacer un aporte a la reflexión compartida en torno al tema de lo familiar. Invitamos a los y las lectores/as a formar parte del tejido de pensamiento en una trama viva y por lo tanto, inacabada.



R.A. *Ficus y teléfono.*

Infancia y familia hoy

RITHÉE CEVASCO

¿Qué es la familia? No vamos a abordar la cuestión en toda su extensión. Institución social fundamental para la regulación de las generaciones, la transmisión de la propiedad privada, el lugar donde viven bajo el mismo techo las personas emparentadas y en su versión mínima el padre, la madre y los niños. Institución que recibe el mejor de los elogios como piedra angular de la sociedad: “La familia será siempre la base de las sociedades (Balzac) o a la cual se le dirige el peor de los reproches: “Familias, os odio; hogares cerrados, puertas cerradas, posesiones celosas de la felicidad” (Gide).

Hoy día es tema común hablar de la “decadencia de la familia”, pero esa decadencia solo encuentra su sentido en función de la idealización de la que fue objeto esa institución en nuestra historia moderna, en particular a partir del siglo XVIII. Familia “moderna” que se programó en el derecho del siglo XVIII y que comenzó a transformarse en el siglo XIX. De este cambio se insiste siempre muy particularmente en el “declive de la función paterna” pero hay otro factor que es clave en esta modificación y son los llamados movimientos de



Foto Dante Bertini

liberación de las mujeres en la medida en que ayudaron (no todos) a que la cuestión de la “feminidad” dejara de ser recubierta por la maternidad.

Los movimientos de mujeres conocidos como movimientos “feministas” (diversos, lejos de ser homogéneos) tienen un interés particular (Lacan lo articula en su Seminario XX: Encore) porque ponen al descubierto en lo social, y no solo en la intimidad de la patología —las histéricas de Freud que dieron nacimiento al psicoanálisis son claras representantes del malestar de las mujeres de la burguesía acomodada de la Viena freudiana— el quiasmo existente entre la feminidad y la maternidad.

Sin duda hay un vacío allí donde la tradición regulaba a partir de sus ideales las relaciones madre-niño y padre-niño en el seno de la familia. A un punto tal que la infancia se vuelve hoy inquietante por falta de coordenadas estables. Y el tema de la “familia” es objeto de reflexión de la política y la moral.

Entre la postura conservadora de que la solución de los problemas familiares es un retorno a la tradición, la lealtad y la autoridad, y la creencia progresista en el cambio de las costumbres como ampliación de la felicidad, existe una amplia gama de disonancias.

Los neoliberales admiran el individualismo económico y opinan que es la clave de la democracia en un contexto donde el papel del estado debe reducirse a su mínima existencia, pero a su vez suscriben una idea conservadora de retorno a la institución familiar como único garante de la integridad moral del sujeto. Esta suerte de “nueva derecha” (en la que algunos movimientos feministas americanos no dudan en situarse) son aficionados a remitir los orígenes del supuesto declive de la familia y otras instituciones morales a la extensión de la permisividad por parte de intelectuales y artistas. Sin embargo los cambios estructurales que afectan a la familia y otras áreas de la vida social, fuera de la esfera del trabajo remunerado, se ven estimulados precisamente por la influencia que fomenta la nueva derecha en su variante neoliberal.

¿Qué es la familia para el psicoanálisis? El lugar donde se agencia la transmisión de la regulación simbólica del sujeto (lo que se llama la

metáfora paterna) y el lugar donde se le asegura —o no— al niño una inscripción en un deseo que no sea anónimo.

¿Cuál es la mayor catástrofe de la familia vista desde la enseñanza del psicoanálisis? La catástrofe que detecta el psicoanálisis en el ámbito de la familia es cuando la madre se instaura como madre ideal y cuando el padre se toma por un padre absoluto, que no cumple la función de encarnar la ley en el deseo y que no se hace responsable de su goce.

La familia solo es digna y respetable cuando puede asegurar un lugar donde cada uno de sus miembros pueda encontrar un espacio para la expresión singular de su deseo polimorfo y para el tratamiento no segregativo de la particularidad de su goce.

El psicoanálisis, lo sabemos, se ocupa de los sujetos uno por uno y no se ocupa en su práctica del “tratamiento” de las instituciones. En 1923 Freud advierte que el psicoanálisis no es preventivo, que no opera antes de que las cosas ocurran. En consecuencia es difícil prestarse a programas de salud mental diseñados a partir de ciertas “normas” que excluyen la palabra de los actores y colocan en su lugar los ideales de los agentes.

La salud mental, desde una orientación psicoanalítica lacaniana,

enfrenta la regla general con la particularidad del sujeto, hecho que tiene una importancia fundamental para todos los agentes de la salud mental —y los psiquiatras en particular— que no quieran reducirse a la función de intermediarios entre los intereses de las instituciones asistenciales y el mercado de una química de la felicidad.

Y, sin embargo, sabemos bien que la “familia” es para el psicoanálisis aquella institución social que más le concierne, en la medida en que es en su ámbito que todo sujeto recibirá las marcas que le son más singulares y que regularán con mayor radicalidad su destino.

La familia se encuentra muy particularmente situada en el entrecruzamiento entre lo colectivo y lo individual. Todo sujeto que adviene al mundo encuentra allí las marcas que perfilarán, para su bien o su mal, las líneas de su destino.

El psicoanálisis freudiano expresa a través de dos mitos que ponen en escena a los personajes de la familia, precisamente lo que constituye el pasaje obligatorio para el advenimiento de la “socialización” del cachorro de hombre. Por un lado Tótem y Tabú, que da cuenta del pasaje de la horda al contrato social: muerte del padre de la horda que acapara para sí a todas las mujeres y después del ase-

sinato, ley de prohibición del incesto, que pone un límite al goce y que quedará para siempre como función de regulación simbólica. Por el otro, el mito bien conocido del Edipo que ilustra para cada “infans” la necesidad de pasar, uno por uno, por esta regulación simbólica, que está acompañada por una limitación de sus satisfacciones sexuales.

RITHÉE CEVASCO

Psicoanalista y socióloga.

Investigadora del CNRS (Francia)
hasta 2006.

AME de la Escuela de Psicoanálisis
de los Foros del Campo Lacaniano
(IF-EPFCL).

Miembro fundador del Centro
de Investigación P&S. Autora de
*La discordancia de los sexos, Paso a
Paso hacia una clínica borromea* (S&P
ediciones) y de numerosos artículos
y colaboraciones en publicaciones
colectivas y revistas especializadas.

ritcev@yahoo.fr



R.A. *Otro Narciso*

Sobre maternidades

LAURA KAIT

En septiembre de 2021 se ha publicado un libro que merece la pena comentar en este primer número de nuestra *RedVista* dedicada a la conflictividad familiar.

Se llama: *Maternidades, Experiencias y Narraciones. Una mirada a través de los campos de saberes*.¹

Es una edición del departamento de Antropología Médica de la URV (Universidad Rovira i Virgili). Se trata de una compilación de diferentes artículos, realizada por Serena Brigidi y Coral Cuadrada, profesoras en esta Universidad.

Me han invitado a participar y lo he hecho con un texto llamado *Maternidades y otros usos del Poder*. Antes de comentar mi texto me gustaría hablar como lectora. Se trata de un libro que se lee con verdadero interés y diría que necesario en un momento donde la maternidad se ha hecho compleja para muchas mujeres y para las familias en general.

Consta de cuatro partes:

I Desde dentro de la narración: Donde se habla de la violencia obstétrica. De la lactancia a demanda y la conciliación laboral. Y también del aborto espontáneo.

1. VARIAS AUTORAS, *Maternidades, Experiencias y Narraciones. Una mirada a través de los campos de saberes*. Publicación de la Universidad Rovira i Virgili. Colección de Antropología Médica. Tarragona/España, 2021



II La reflexión sobre las maternidades: Feminismos y Derechos: Una historización de la maternidad a través del pensamiento de los distintos feminismos . Y un segundo artículo crítico, sobre los avatares de poder que supone la maternidad subrogada.

III El parto en casa: Donde dos textos abundan en la experiencia de parir en casa y en familia, a través de las experiencias de esta práctica.

IV El enfoque psicológico y psicoanalítico: Donde una psicóloga gestáltica y tres psicoanalistas —entre las que me cuento— procuramos transmitir algo de nuestra experiencia clínica en esta aventura compleja de vivir dentro de esta escisión entre mujeres y madres.

Me detengo en el subtítulo: campos de saberes ¿por qué? Porque escriben antropólogas, médicas, historiadoras, psicoanalistas, comadronas, abogadas. Es un lugar de convergencia de distintas posiciones delante de las maternidades, diferentes ópticas, distintas posiciones, variadas lecturas con algunos elementos en común que me interesa

señalar. Compartimos una posición feminista, no somos dogmáticas y sabemos cuidar. Tomaré cada uno de estos tres asuntos.

Sabemos que decir *feminista* hoy día puede ser un lugar común o simplemente significar nada. Hay tan diversos feminismos que me gustaría señalar que lo que aquí compartimos es el autorizar a las mujeres como protagonistas del acto de hacerse madre. Autorizar y autorizarse. Poner a las mujeres como protagonistas es ya un acto feminista, incluso en el S XXI. Dejar que ellas sean las dueñas del deseo de ser o no ser madres, dejar que ellas sean las que elijan la manera de parir y las maneras de criar, solas o en familia, con anestesia o sin, con médicos o no, con maridos o con esposas; confiar en que lo que elijan para sus hijos será una buena cosa, eso es un acto feminista. Y las autoras compartimos esa posición.

No somos dogmáticas, quiere decir que en las distintas autorías de este libro hay diferencias de posición. Desde alguna defensora del amamantamiento a demanda, hasta quien piensa que la demanda es un pedido tan infinito como insaciable. Incluso hay quienes pensamos que es un riesgo plantearse que algo en la vida pueda funcionar a demanda, por imposible. Y la vida, finalmente es una larga sucesión de despedidas, que se inician con el parto, cuando

abandonamos el único paraíso perdido y mejor ayudemos a nuestros hijos a saber despedirse, dado que no se enseña en la escuela.

El tercer punto que compartimos es, saber cuidar. Primero porque nos cuidamos como mujeres y cuidamos y dejamos que nos cuiden nuestros amores. Por eso es que sabremos cuidar como madres y podremos cuidarnos también de nuestras producciones intelectuales como escritoras de este libro, por ejemplo.

La regla número uno es cuidarse. La regla número dos, es cuidar a quienes amamos. Así, con estas dos reglas repetidas hasta el aburrimiento, eduqué a mis hijos. Lo siguiente es dejarse cuidar, parece fácil y no lo es. Hace falta deponer narcisismo, orgullo, pedantería y hasta ansias de protagonismo, para dejarse cuidar. Y muchas madres pasarán por la vida sin enterarse de lo que significa dejarse cuidar. Si uno está en la vida como mujer, es más sencillo hacerse cuidar. Pero muchas madres no son mujeres.

Mi primer libro se llama justamente *Madres, no mujeres. Embarazo adolescente*,² y en la introducción sostengo: « [...] se puede ser madre sin ser una mujer. Es decir que se puede

2 L. KAIT, *Madres, no mujeres. Embarazo adolescente*. 1º Edición, Ed. del Serbal, Barcelona/España, 2007. 2º Edición, Laborde Ed. Rosario/Argentina, 2017.

tener un hijo dado que se tiene un cuerpo con órganos que posibilitan concebir y parir, lo cual está lejos de garantizar que ese sujeto femenino sea una mujer; puede tratarse de una niña, de un bebé, de una adolescente, incluso puede tratarse de alguien que está en posición masculina y que tiene órganos reproductores femeninos. En muchos de estos casos la maternidad es una manera de resolver o de resolver inadecuadamente, o de resolver como se pudo, los avatares de la femineidad.»

Una madre adolescente es quien cree que ha resuelto con un hijo, el enigma infantil: ¿qué voy a ser cuando sea grande? Ya no ha de hacerse más la pregunta. Ha resuelto imaginariamente y de un saque dos de los grandes abismos adolescentes, quién soy, qué deseo. Y se responde: tengo hijo, soy madre. Ya no hay interrogación por el ser. Ya se ha obturado con un tengo, la falta que permite desear. Este acto congela la maternidad y hace desaparecer a la mujer. No será sin efectos sintomáticos. Los hijos crecen y en el mejor de los casos, se van y estas madres pasan a descongelarse y no encontrar nada en su lugar como mujer, que no sea un inmenso vacío, lo que suele ser trágico. También trae síntomas en los hijos, que en muchos casos no pueden irse. Este fenómeno lo vemos agudizarse

en la actualidad, entre la crisis económica que eterniza a los jóvenes en el hogar paterno y la famosa educación a demanda y con apego. El hijo se queda pegado y con veintisiete años sigue en casa de papá y mamá que me cocina, lava y plancha. ¡Y sí! El hijo queda cocinado.

Estamos recibiendo en la actualidad hijos criados con esta educación del apego y la pura demanda. Niños que han mamado hasta los cuatro o cinco años, que se bañaban desnudos en familia, que se han visto metidos en la cama de los padres, que comían cuando querían, que dormían donde les daba el sueño. En el colmo de esta crianza, he tenido una paciente de 16 años, criada en una casa sin puertas. Su padre, un renovador arquitecto que transformaba antiguas fábricas en modernos pisos, diseñó la casa de esta familia sin límites, hasta la bañera tenía solo mamparas transparentes. El inodoro era el único objeto limitado en la casa. O sea que el único lugar contenido –y me perdonarán la grosería– era el de la mierda. Una niña no contenida, eso era esta adolescente desbordada, que se pasaba el día bebiendo cerveza y fumando porros, en la plaza con los amigos, y que no pudo entrar en análisis por no poder siquiera respetar un horario, digamos, martes a las 17 hs. Podía tocar el timbre a cualquier

hora, o venir a las 17 del viernes y ponerse a los gritos en el portal porque no se le abría la puerta.

Jóvenes sin límites, sin intereses, que no saben qué hacer porque fueron los padres quienes siempre hicieron a demanda de esos hijos que finalmente se van a sentir abandonados a una vida sin recursos. Porque los recursos se logran con los límites que sabe dar el amor, el saber se alcanza camino de alguna verdad que nunca será la libertad de lo que me da la gana. Lo social no funciona en esos términos y estos bebés a demanda, se quedan ahí, en la pura demanda que ya nadie va a poder responder.

Maternidades y otros usos del poder, tiene que ver con ese poder que tienen las madres de poder frustrar, de poder decir que no. Pero más riesgo en la actualidad es el poder que otorga decir que sí. Un sí el de estas madres que dejará al hijo apegado, adherido y sin posibilidad de vuelo. Así presento mi texto:

En época de severa crítica al patriarcado y sus actos devastadores, propongo no olvidar los efectos del estrago materno. Ser Madre, no es ser una mujer. Algunas mujeres se hacen mamás como parte del deseo que mueve su vida. Otras sólo se hacen madres como hijas, como adolescentes; o como parte de un ideal de supermujeres. Ni siquiera es ne-

cesario ser una mujer para estar en una posición “Madre”, puede serlo un marido, un maestro, y entre muchos otros, sobre todo algunos políticos en la actualidad. Una actualidad que promueve la llamada “educación a demanda”, nueva manera de sometimiento tanto del hijo, como de la maternidad esclavizada.

LAURA KAIT

Psicoanalista, supervisora y
enseñante.

Fundadora de UMBRAL, Red de
Asistencia “psi” en 2002. Coordina
el equipo de Formación. Sostiene
su seminario. Realiza entrevistas de
derivación.

Miembro de FEP, Fondation
Européenne pour la Psychanalyse.

Participa en sus Congreso y
Coloquios Internacionales

Publica anualmente en Trauma,
Estudios de Clínica Psicoanalítica
y en la web de UMBRAL

Escribió *Madres no mujeres. Embarazo
adolescente*. Ed. 2007 en Barcelona,
por Del Serbal y en 2014,
Laborde Ed. Argentina.

laukait13@gmail.com

La familia y el parentesco

MIQUEL RIERA

Existe un rumor bastante extendido: si vas a un psicoanalista, acabarás hablando de tus padres. El psicoanálisis consideraría, según este rumor, que la fuente y causa de nuestros malestares se encontraría en ciertos coágulos producidos en el seno familiar. Ahora bien, a quien le llegase este rumor, también le podría llegar otro: la familia es hoy en día líquida, es decir, las relaciones familiares ya no son “lo que eran”. E incluso uno podría anudar ambos rumores y concluir que si la familia tal y como la conocíamos está desapareciendo y el psicoanálisis basaba su comprensión de la neurosis en ella, entonces el psicoanálisis también estaría desapareciendo. ¿Es esta ecuación tan fácil? ¿Qué decimos realmente los psicoanalistas sobre las relaciones familiares del mundo actual? Veámoslo en dos pasos.

De entrada, una evidencia se nos impone: las relaciones familiares están mutando. Vemos cómo en nuestra sociedad nuevas formas de crianza se imponen, cómo se cuestionan los vínculos conyugales, cómo las orientaciones afectivo sexuales se hacen múltiples, cómo se modifican las condiciones de convivencia o cómo se incluyen nuevos individuos



a los núcleos procreativos básicos, por nombrar solo algunas de las modificaciones más vistosas. Pero decir que los vínculos familiares están mutando no es lo mismo que decir que se están perdiendo o destruyendo. A menudo, uno puede encontrarse con discursos nostálgicos que interpretan tales mutaciones como pérdidas. No es infrecuente, además, que estas visiones idílicas de la familia coincidan con percepciones de crisis sociales más generales, frente a las cuales la antigua solidez familiar habría ofrecido supuestamente una tabla de salvación. En realidad, la imagen espontánea de la familia, la de una familia nuclear al estilo hollywoodiense, ha sido un modelo de organización del parentesco bastante efímero. Antes del siglo XX, una familia organizada con un padre, una madre y uno o dos hijos era más bien la excepción. De hecho, este modelo sigue siendo una excepción en la mayoría de países del mundo y, sin embargo, ¡cuánto lo hemos naturalizado!

Es precisamente en este sentido

que hoy en día las ciencias sociales prefieren describir en términos de generar parentescos (o emparentarse; *making kin*, en inglés), y no de familia, los modos en cómo los humanos construimos nuestros espacios más íntimamente organizados. Esto nos permite ver que no se trata tan solo de relaciones biológicas u hogareñas, sino que incluyen una enorme cantidad de agentes y discursos. La familia heterosexual nuclear que ha gobernado parte del siglo XX en Occidente, por ejemplo, estaría profundamente ligada a muchos otros cambios sociológicos y subjetivos. El abandono del matrimonio como estrategia patrimonial y su substitución por el sentimiento amoroso, la reducción de la mortalidad infantil gracias a los progresos médicos, la división sexista del trabajo o un urbanismo destinado a acoger el éxodo rural parcelándolo, son algunos de los cambios correlativos a la instauración de este modelo de familia. A esta lista, tenemos que añadir que la práctica psicoanalítica y sus primeros modos de entender las causas de nuestros malestares también contribuyeron, sin duda, a consolidar este modelo de familia. Reconocer esta parte de responsabilidad, nos puede ayudar a los psicoanalistas a entender por qué a menudo, junto al amor romántico, somos el blanco de las críticas de ciertos activistas y

pensadores que abogan por ampliar los modos de parentesco reconocidos.

Sin embargo, el psicoanálisis no solo contribuyó a la consolidación de la familia nuclear: su práctica y desarrollo también han participado en su decadencia y en la generación de nuevos modos de emparentarse. Al psicoanalista inglés Donald W. Winnicott solía gustarle decir que, a la hora de abordar las problemáticas clínicas que nos trae una niñez, debíamos tener en cuenta el marco familiar pero, antes incluso de esto, debíamos entender qué significaba para ese niño en particular la palabra “familia”. Es decir: no debíamos presuponer como significado de “familia” unas relaciones de parentesco determinadas. Por otro lado, el psicoanalista francés Jacques Lacan entendió muy prontamente, siguiendo la sociología de su época, que la familia debía abordarse, antes que nada, como una institución, es decir, como un lugar donde inscribirse y hacerse reconocer a través un conjunto de prácticas comunes. Él consideraba que la familia era una excreción, o un recorte, dentro de la familia biológica. Desde el punto de vista del parentesco, quizás deberíamos decir, sin embargo, que es más bien la familia biológica la que es un recorte dentro del emparentamiento.

En cualquier caso, todos conocemos estas prácticas y ritos de los que Lacan nos habla y somos conscientes de cuán alejadas están de la familia entendida como vínculos de sangre. Se trataría, por poner dos ejemplos, de las reuniones periódicas en los momentos simbólicos del año o del reconocimiento de un pasado común cuando miramos álbumes de fotos viejas. En estas prácticas, así como en muchas otras, los individuos se reconocen recíprocamente como pertenecientes a una institución familiar, independientemente de que haya vínculos biológicos entre ellos o no. Se trataría de una noción de parentesco como algo cultural y extendido, es decir, en donde los vecinos, animales de “compañía”, reliquias de antiguos participantes o, incluso, representaciones de personajes célebres podrían participar de los ritos de emparentamiento en igualdad de condiciones simbólicas.

Podemos detenernos un momento en el ejemplo de los animales con los que convivimos: ¿el auge de las mascotas en Occidente debemos entenderlo, como a veces se hace, incluso por parte de sus convivientes humanos, como sustitutos de un hijo o podemos empezar a pensar que gracias a estas relaciones interespecies se están generando nuevos modelos de parentesco? Reducirlos a

ser la representación de una partícula del modelo nuclear de familia no solo promueve el rumor con el que empezamos este texto, sino que coarta la inventiva de generar parentescos y, como diría Winnicott, de significar de nuevos modos, legítimos y a título propio, la palabra “familia”.

Así, si la estructuración de la familia no es tan importante, al contrario de como parecía ser en los inicios del psicoanálisis con el complejo de Edipo de Freud o las fases de la libido de Abraham, ¿acaso tiene entonces importancia alguna la generación de parentesco (to make kin)? Sí, puesto que para la práctica psicoanalítica emparentarse no es un modo de relacionarse como si cada uno de nosotros fuéramos esferas individuales conectadas con otras esferas igual de individuales. Emparentarse es esencialmente responder a través del otro preguntas cruciales para nuestra propia consistencia. Para el psicoanalista, estas preguntas tienen que ver con lo que uno desea y con lo que uno cree que es para los demás y estaría más allá de su ética determinar la pertinencia de tales cuestiones. De esta manera, la invención de nuevos modos de emparentarse no podría entenderse nunca como una pérdida o un declive de la autoridad o la figura paterna, sino siempre como la aparición histórica y subjetiva de nuevas

preguntas sobre el deseo y lo que un cuerpo puede o no ser. Y esto nos retrotrae a nuestro rumor inicial: a un psicoanalista no se le habla de los padres, sino de los ecos que dejaron las preguntas que formulaste a aquellos con quien te emparentaste.

MIQUEL À. RIERA

Psicoanalista. Miembro del Fòrum Psicoanalític de Barcelona y adherente de Apertura para Otro Lacan. Coordina desde 2019 un seminario sobre psicoanálisis, ciencias sociales y estudios de género.

riera.tr@gmail.com

<https://heylink.me/miquel.riera/>



R.A. *Jeroglífico.*

Entrevista a Saïd el Kadaoui

POR LAURA FRUCELLA



cotidiano, más allá de quienes practicamos el psicoanálisis.

Con el psicoanálisis también es un ir y venir, no hace falta que todo lo miremos desde allí, existen muchas otras disciplinas, el humanis-

mo, el arte...

Tu mirada pone en tensión la figura del especialista, que profundiza en un área, con la de quien desea mantenerse abierto a una multiplicidad de espacios.

Sí, eso tiene cosas buenas, y al mismo tiempo siempre estamos haciendo duelos. El especialista tiene mucha información sobre un tema, pero te pierdes muchos otros, porque la vida... ¡tenemos solo una! A veces pienso que leyendo literatura me pierdo textos de psicoanálisis, y leyendo psicoanálisis me pierdo textos de literatura, pero a la vez, ¡he ganado!

Es una experiencia de la parcialidad.

En el fondo somos parciales, no hay que ser “total”, podemos saber muy pocas cosas, el mundo es mucho más grande que nosotros. Alcanzar a saber un poquito de unas cuantas cosas ya es mucho, se trata de renunciar a la totalidad.

Nos encontramos con Saïd el Kadaoui (Nador, 1975), psicólogo y escritor especializado en temas de migración e identidad. Nuestro deseo de dialogar con él parte del interés que nos despierta su obra, a la vez profunda y accesible, que reflexiona sobre las encrucijadas vitales del ser humano en la convulsa época actual.

Tú hablas del puente, no solo entre dos países, dos tradiciones, dos lenguas, sino también entre dos ocupaciones, la de psicólogo y la de escritor.

El puente, como espacio transicional, es muy importante. Te permite cruzar y volver, ir y venir. Espacio difícil de definir que no está ni dentro ni fuera, y dentro y fuera a la vez, te ayuda a crecer, a ser más flexible, también cuando el puente es entre las propias ideas.

La Red-vista también intenta ser un puente entre el psicoanálisis y el pensamiento

En ese sentido, desde el psicoanálisis de orientación lacaniana tenemos el concepto de “no-todo”, que tal vez contribuye a pensar esto que dices.

Lacan tuvo muy buenas ideas, el problema es que convertimos en profetas al pobre Freud, al pobre Lacan, y en efecto, nada nos da respuestas totales. Renunciar a ello no es fácil, queremos saber quiénes somos, qué hacemos, dónde vamos...

Al respecto, hay una expresión tuya que me ha interrogado: hablas de “la bestia de la identidad”.

Sí, la identidad es una bestia cuando se vuelve una, única, unitaria, dogmática. Lo pienso con Amin Maalouf¹, que decía que la gente herida tiende a identificarse con la parte de la identidad atacada, entonces la reacción a la defensiva es despertar al monstruo. Pero la identidad es todo lo que somos, nuestra piel, nuestras ideas, nuestros pensamientos, todos lo que nos conforma. El peligro es el reduccionismo, convertir la parte en el todo.

Tú hablabas de capas, están las raíces, pero también lo que luego uno va viviendo.

Con el tema de la identidad y la raíz, se trata de una metáfora que ilustra y a la vez, ha hecho daño. No somos solo raíz. De la raíz crecen cosas, y además, somos más cuerpo que árbol. El árbol no se mueve, a

no ser que lo trasplantes. El cuerpo se mueve, nos transporta. El pobre árbol puede moverse hacia arriba, crecer, pero está allí. La metáfora de la raíz... parece que las raíces lo son todo, los genes lo son todo, ¡y no!

Aislar un rasgo único y pretender que todo apunte hacia ahí...

Exacto, esta es una de las grandes cosas a cuestionar. Lo de la raíz es una metáfora y no pasa de ahí, ¡busquemos otras!

Hablemos, entonces, de la inmigración, eso que nos hace quitar las raíces de nuestro lugar de origen —puesto que no somos árboles— y andar por el mundo. La experiencia de la extranjería.

Recuerdo que cuando supervisaba con Valentín Barenblit, él decía que Freud estaba en lo cierto cuando afirmaba que todos tenemos miedo a la muerte, a la locura y a la experiencia de lo extraño, lo extranjero, introduciéndolo entre los grandes miedos del ser humano. Con respecto a la migración, allí el cuerpo se topa con un límite, con una frontera que dice: tú no, tú no pasas de aquí. Claro, el cuerpo se rebela: yo he nacido para moverme, a mí me tenéis que dejar mover, si es que aquí no estoy bien. Es lo admirable de la migración: que, como el amor, la muerte, la amistad, va contigo. Has nacido en un país, vas a otro, tienes tus amigos de aquí, de allá, eso no es un problema. El drama lo crea la frontera, el no po-

¹ Maalouf, A. *Identidades asesinas*. Alianza editorial, Madrid, 1999.

der ir y venir, que no sea puente, que sea un muro, una pared, el “tú no”, el estigma.

Está la figura inconsciente del extraño que nos quita algo. Lo que nos falta, él lo disfruta y nos lo ha arrebatado a nosotros. Ese lugar puede ser ocupado por personajes diferentes, puede ser el extranjero, el que es racialmente distinto a la mayoría dentro de un país, o incluso la mujer...

Sí, pueden ser todos aquellos que no forman parte del establishment, del poder, que es quien crea la realidad a través del lenguaje, como decía Nietzsche. Un lenguaje vestido de poder. Y todos los que no formamos parte de ese poder somos depositarios de muchas cosas, como lo puede ser también el loco.

Loco viene de locus, lugar, y el loco es el que no está en su lugar.

El loco, los homosexuales, la mujer, los pobres, también el migrante, que tiene otras costumbres y, como si lo viéramos en un espejo deformado, creemos que tiene una cultura pequeñita mientras la nuestra es grande. Él es más feo que tú, más pobre, más delincuente... ocupa en el imaginario social, al igual que la mujer, el lugar de ese otro que “lleva al pecado”, al delirio del deseo.

También el judío.

En efecto, la figura del judío, históricamente.

...aquel que está investido de rasgos negativos y al mismo tiempo, tiene algo miste-

rioso que nos interroga. Pensaba en la expresión de Kristeva, “extranjeros para nosotros mismos”²: hay algo propio, interno, en ese odio al distinto.

No nos conocemos del todo. Gran parte de nuestro trabajo con los pacientes es estar para que la persona sea. Es un trabajo muy difícil, el de sacar al extraño.

Estaba pensando que en Argentina, mi país de origen, al contrario de lo que ocurre en muchos lugares, hay una exaltación del inmigrante. Un argentino no encuentra peyorativo el término “inmigrante”. Pero claro, se trata del inmigrante europeo, no del cercano, el que viene de Bolivia o Perú, por ejemplo. En esos casos sí hay xenofobia.

Ese es el extranjero: es la paradoja. ¡En América, el extranjero es el que siempre ha estado allí! En el Magreb no es el árabe, es el amazig, que siempre ha estado allí, en las montañas. El extraño es ese al que se lo supone salvaje, indomesticable, incivilizado. América y Europa son diferentes en este aspecto. El inmigrante europeo que iba a “hacer la América”, iba investido de poder; el inmigrante que llega a Europa viene con su maletita de pobre. Son historias muy diferentes.

He estado en Panamá dos o tres veces y lo que me ha gustado ver es que, habiendo genotipos muy diferentes —negros, chinos, etc., ahí es muy fácil reconocerse como pana-

² Kristeva, J. “Extranjeros para nosotros mismos”. Plaza y Janés, Barcelona, 1991.

meño. Aquí, en cambio, nos cuesta mucho, siempre surge la cuestión del origen: “¿de dónde eres?”

En Argentina hay una expresión que es lugar común, se dice que el país es un “cri-sol de razas”.

Si vamos más allá del slogan, está muy bien, pero sabemos que debajo hay mucho que rascar, y esa es nuestra función.

Estoy recordando otra frase, se dice: “los argentinos descendemos de los barcos”.

Eso es bonito, ser consciente de que vienes de otro lugar... Ahí el problema es qué hacer con el nativo, igual que aquí es qué hacemos con los migrantes. Leí un libro de un indio americano, “Ni aquí ni allí”, de Tommy Orange,³ que habla de la realidad de los indios de Estados Unidos, pero no los que están apartados sino los que viven en la ciudad. Trata la cuestión del estigma de ser quienes son. Si te fijas, de los negros hablamos, también de la cuestión de la mujer, con el feminismo... pero este libro me interpeló porque aquí hay un tema del que no se habla.

¡Cierto! Desde chicos nos han mostrado en las películas que el indio es el malo, el bueno es el blanco que los mata y pone el ferrocarril.

Este libro que menciono da voz al indio de ciudad, que mantiene algunas tradiciones, algunas fiestas,

pero mezclado con lo urbano.

Querría hablar de la lengua. Dices en uno de tus textos: “la lengua nos coloniza”, no se trata de algo voluntario donde uno decida instalarse, sino que ella se apropia de uno mismo, y también te deja sin palabras.

El tema de la lengua es muy interesante. Las lenguas se pelean; cuando vives en un lugar, la lengua del lugar te acaba conquistando. Y ahí aparece el temor a perder, a no recordar algunas palabras. Particularmente, si me gusta ir a Marruecos es para escuchar.

Es curioso cómo se vuelve extraño ese tono que antes era tan familiar que no lo percibíamos...

Se vuelve extraño, necesitas un tiempo y luego vuelve a ser familiar, recuperas palabras, vocabulario... el cerebro se vacía se llena, interactúa, se pelea. Al final es como lo del cuerpo, transitamos por las lenguas y nos comunicamos en la lengua que sirva para comunicarse. A veces genera congoja perder, el migrante siempre tiene que tolerarlo, porque si vive con el miedo a perder, eso desquicia y hace mucho daño. Hay que tolerar que pierdes igual que ganas: pero pierdes, no hay que edulcorarlo. Ganas culturas, tienes amigos de aquí, de ahí... sí, todo eso es verdad, pero pierdes, también. No querer perder es una trampa en la que podemos caer.

³ Orange, T. “Ni aquí ni allí”. Alianza editorial, Madrid, 2018.

En la consulta siempre nos topamos con la pérdida, tanto de aquella ligada al duelo como de esa que es propia de lo que siempre falta.

Es el tema nuestro: lo que tienes, lo que no, la vejez, el paso del tiempo, la vida es eso que terminamos perdiendo. No dramatizar en exceso, pero ser conscientes de que eso está allí. Esto es muy de Winnicott: la paradoja. No tienes, pero tienes; no eres, pero eres...

... no es mío, pero es mío.

Exacto, es mío pero tuyo. Ese espacio es muy interesante; es paradójico, pero es la vida.

Me viene la frase de Derrida: “solo tengo una lengua pero no es mía.”⁴

Hay un tema muy importante con las lenguas, y Cataluña es muy interesante a nivel lingüístico, con el castellano, el catalán y las políticas de migración. Me hace pensar en una escritora de Argelia, Kateb Yacine, que decía: el francés, para los argelinos, es un botín de guerra. Porque había todo un debate en su momento, algunos decían: ¡fuera lo francés! Fuera la colonización: sí, pero el francés es un botín de guerra. Cuando eres capaz de manejar un idioma, ¡tienes mucho! Si vienes de Latinoamérica, está el engaño de que vienes con la misma lengua, pero no es la misma, no son los mismos códigos,

hay pérdida. Al final, se trate de un argentino o un marroquí, su pérdida está ahí.

Tu experiencia es la de habitar varias lenguas.

Sobre todo el amazig, el castellano y el catalán, un poco el francés. El árabe, pero no mucho, y hablo mal varios idiomas. El amazig es mi lengua materna.

Me hace pensar en otra frase, esta vez de una discípula de Derrida, Hélène Cixous. Derrida se reconoce monolingüe, muy aferrado a la lengua francesa —“que no es suya”— y ella dice: yo al revés, yo me he criado “con el pastel del habla”, y narra entonces su experiencia “golosa” entre las muchas voces y lenguas que se hablaban en su Argelia natal.⁵

Eso siempre me ha dado envidia, del hecho de no haberme quedado en Marruecos. Las lenguas, las manejan con una facilidad, pasan de una a otra... Los países minoritarios, no muy orgullosos de sí mismos, manejan el idioma del otro porque es necesario, entonces lo mezclas con el tuyo, estás hablando y de repente, ¡tienes tres idiomas! Marruecos es eso, que en lugar de molestarme, me gusta mucho. Las mezclas, el amazig con el árabe, con el castellano en algunos sitios, con el francés en otros... Podemos hacer el juego de pensar cómo sería yo pensando en

4 Derrida, J. *El monolingüismo del otro o la prótesis del origen*. Ed. Manantial. Bs. As. 1997.

5 Cixous, H. *La llegada a la escritura*. Ed. Amorrortu, Bs. As. 2006.

otras lenguas.

¿Te reconoces pensando en una de estas?

Yo pienso en tres, castellano, catalán y amazig. Según qué tipos de sentimientos... Más diría en castellano, pero vas a Marruecos y piensas en amazig.

Es interesante esto que señalas, que lo que pierdes es ese “estar entre varias lenguas” y no “pierdo mi lengua”.

Es que los países pobres van a buscar las lenguas, el francés, el árabe, el castellano, hasta el italiano, también el inglés. Tengo amigos que se mueven entre todas esas lenguas, ¡es admirable!

Retomando la cuestión de la identidad, me ha interesado algo que tú afirmas respecto de la radicalización religiosa: en cierto sentido, se trata de un “decir que no”.

Esto lo dice Hanif Kureishi. Cuando reflexiona sobre la fatwa de Salman Rushdie, queda sorprendido, pues él vio venir algo: ¿cómo puede ser que unos jóvenes pudiendo ser laicos, pudiendo beneficiarse de entrar y salir, incluso de jugar un poquito con la propia identidad, donde nadie te persigue por beber alcohol, por comer lo que tú quieras, por pensar lo que quieras, cómo es que, de golpe, se ponen a defender este tipo de ideas? Y entonces él dice que es un diálogo con el poder inglés, que es una forma de algunos de decir: “no,

nosotros no formamos parte de este mundo, entre otras cosas porque no dejáis que formemos”. Es el combate de la rabia, de la humillación, es una manera de afirmar: “no somos ingleses porque no nos dejáis ser ingleses, pero somos algo”, y algo fuerte, algo que grita. Algo que da mucha estructura, que sabemos que es débil, pero la imagen es de mucha fuerza. Es sorprendente, porque lo de Salman Rushdie coincide también con el neoliberalismo de Margaret Thatcher. Se estaban acabando ya los años 60 y 70, el salir a la calle por la igualdad, y ahí empezó a gestarse algo identitario. La gente piensa mucho en el islam, pero el islam estaba dialogando con algo; lo neoliberal y el fanatismo religioso musulmán van de la mano, han ido creciendo juntos. A los que hemos emigrado de país porque en el tuyo no se puede pensar, vivir, hacer, ir a un pub y tomarte tu cerveza, nos sorprende mucho. ¿Cómo rechazas esto, si hemos venido a esto, a ser libres? Debajo hay todo este tipo de cosas, la identidad es una piel que vale la pena ver cómo se va formando, pero aunque consigas explicártelo, es triste ver cómo nos cuesta ser libres.

Además da la impresión de que el rechazo de ciertos disfrutes, que en principio podría parecer orientado a aborrazar el mal-estar del exceso, se transforma en un bumerang, falla y retorna de un modo muy feroz. Pretende ordenar la vida, pero paradójica-

mente no hace más que mortificarla.

Hablando con colegas psicólogos y psiquiatras de Marruecos, me entero de que ellos reciben en consulta a muchos islamistas que se prohíben pensar en el sexo pero están obsesionados con el sexo, todo el día viendo porno. Contra más cotos le pones al campo, más fanático te pones, y el diálogo se vuelve una guerra. En nuestra profesión, vemos la complejidad de estas cuestiones. Las opiniones políticamente correctas, el dogma... a todo esto le quitamos la máscara.

En este número de la Red-vista nos propusimos centrarnos en la cuestión de lo "familiar". Las familias van cambiando a lo largo de los tiempos, se reconfiguran, se ponen en cuestión, se modifican, pero algo de ellas subsiste.

La familia ha cambiado, el mundo ha cambiado. Tenemos distintas modalidades de familias, que hoy día se pueden separar, reconstituir, armarse como monoparentales, etc. Es un reto muy bonito. Me molesta si usamos la profesión para pontificar, por ejemplo para decir: la familia es esto, el padre, la madre, el Edipo... En cambio, el trabajo es escuchar qué se cuece sobre esta pluralidad, porque además, uno no escapa de lo familiar, así tengas una familia grande o pequeña, si hay exceso o ausencia, demasiado apego, o muy poco. Cada uno se pregunta por su historia, por

la familia que tuvo. Desde nuestra profesión debemos interrogarnos. El Edipo no es una realidad sacrosanta: si tienes una teoría y no te preguntas por ella, todo se confirmará.

...porque toma el valor de un axioma, y los axiomas no necesitan ponerse a prueba.

Claro. Allí donde decíamos "el padre es el padre", hoy tenemos que preguntarnos qué queremos decir con el "padre".

El padre, en tus relatos, está siempre muy presente, como figura que va abriendo caminos.

En el libro "Radicales" está más lo materno, y en el libro "No" está más presente el padre. Aunque el mío es más el de Cartes al meu fill, un català de soca-rel, gairebé. Con respecto a él, hay un punto fascinante: la persona humilde que de forma intuitiva quiere encontrar su lugar y no se conforma. Lo ligo con Fromm y la desobediencia, que es totalmente necesaria. Mi padre desobedeció a su padre para cruzar la frontera. Me entenece ver que esa persona humilde que va buscando su sitio, al final acaba no encontrándolo: la tragedia de mi padre es la tragedia del hombre. Yo con eso me identifico mucho.

Ese hombre que se anima a vivir en países tan distintos como Alemania, Francia, con lenguas diferentes...

...hablando fatal todas las lenguas, hasta el árabe! El amazig es su

lengua natal y la fue mezclando. Mi padre tiene un punto (Johann) “Cruyff”, un personaje fascinante, difícil de desentrañar.

¿Y tu madre?

Todo lo contrario, ella es muy fácil de desentrañar: ella es la madre loba, protectora, muy “militante” de sus hijos...

... y que tiene algo de socióloga, has dicho en uno de tus libros.

Sí, una socióloga intuitiva. Lo que me gusta de mis padres es que, siendo humildes, eran listos. Mi madre capta cosas, a cada hijo le da lo que ella sabe que le interesa. A mí me da mucha información del mundo, de los lazos sociales, como si tuviera a alguien trabajando para mí!

Me ha interesado un comentario que haces en uno de tus libros sobre la caridad, donde citas a Chimamanda Ngozi, En una novela, ella dice que quienes practican la caridad saben que han tenido, tienen y tendrán.⁶ Pensaba que la caridad es dar de lo que uno tiene, en contraste con esa preciosa definición lacaniana del amor como “dar lo que no se tiene”.

Prefiero la compasión a la caridad, que te hace empático con el otro. Tengo un recuerdo de cuando iba al colegio, había allí distintas situaciones económicas, estaban los que tenían libros nuevos y los que no. Recuerdo que a veces llamaban a

un niño aparte, y era para darle los libros usados de otro niño mayor. Todos sabíamos para qué lo llamaban aparte: esa caridad la detesto. Esa falta de sensibilidad, de inteligencia...

No hay ningún don allí.

Exacto, se da lo que a uno le sobra. Es un resto. La caridad es algo que haces por ti creyendo que haces por el otro. En cambio, la compasión conlleva la idea de que ahí donde está el otro, mañana puedo estar yo. Además, donde no llega la empatía ha de llegar el respeto, como decía Rogeli Armengol; en la caridad no veo el respeto por el otro. Alrededor de la migración económica hay muchas de estas miserias.

Efectivamente, un país que tiene, que da, dejando al sujeto en el lugar de receptor que no da nada.

Y además, el dar lo que no tenemos es nuestra profesión, damos nuestra curiosidad, nuestro interés, nuestro no saber.

SAID EL KADAUOI MOUSSAOUI

Psicólogo, psicoterapeuta y escritor.

Miembro titular del Instituto de

Psicoterapia Relacional (IPR).

Subdirector del curso de Especialista

en Psicoterapia Relacional

organizado por el Instituto Catalán

Donald W. Winnicott y Agora

relacional.

⁶ Ngozi Adichie, Ch. *Americanah*. Penguin Random House, Madrid, 2017.

El coste de trascender y crear una familia en tiempos hipermodernos

SILVINA MOSQUERA GENLOT

Nuestra época hipermoderna está marcada por un avance tecnocientífico que excede en muchos casos lo imaginable. La perplejidad y el asombro que la biotecnología produce en algunos campos, merece una profunda reflexión.

Estamos lejos, aunque no tanto, de aquella bebé probeta del año setenta y ocho en que todas las miradas, las prejuiciosas y las que no, se centraron en aquel hecho que marcó un antes y un después en la fecundación humana. En aquel entonces el experimento de la ciencia no dejaba escapar ni un detalle del desarrollo de aquellos bebés que empezaban a ser engendrados en “cajas de cristal”. Así, la familia iniciaba un nuevo recorrido. Lo posible de trascender y sellar el deseo de inmortalidad, se hacía posible con la ayuda de la ciencia.

Han pasado más de cuarenta años, la realidad actual en lo relacionado a las Terapias de Reproducción Asistida (TRA) es bastante diferente. En aquellos tiempos se trataba de una cuestión médica. Los problemas de infertilidad eran definidos por la OMS como “una enfermedad del sistema reproductivo consistente en la incapacidad de lograr embarazos des-



pués de un año de relaciones sexuales sin protección”. Este problema encontraba solución de la mano de las terapias que iniciaban sus primeros ensayos con éxito.

A partir de aquella primera probeta, la familia moderna ha evolucionado. Una red de variadas combinaciones crea las llamadas nuevas estructuras familiares. Es evidente que las Terapias de Reproducción Asistida han tenido una gran influencia independientemente de los cambios sociales. Las huellas que los imperativos del neoliberalismo han ido dejando, permiten vislumbrar el riesgo de deshumanización a causa de una oferta que pone la concepción en la línea de un consumible más. No podemos negar la importancia que las TRA tienen para aquellas personas en que la infertilidad funcional impide la descendencia; pero tampoco podemos mirar hacia otro lado, ante los intereses económicos que ofrecen una respuesta rápida en su oferta para inseminar.

Por tanto, la relación entre Bio-

tecnología y maternidad, ciencia y humanidad, merece algunas lecturas. Así mismo, debemos detenernos a cuestionar formas y procederes, y a preguntarnos hasta dónde la tecnología aporta un valor instrumental y de qué manera nos confronta con un límite que pone en riesgo la condición de la especie humana tal y como la conocemos. Clonación reproductiva, inseminación póstuma, uso de material genético intra familiar... Este tipo de prácticas en muchos casos olvidan la relación de causa y efecto. Las consecuencias que de ello derivan para el recorrido subjetivante del niño o niña por venir quedan en tela de juicio. De la misma manera la inmediatez de las ofertas desoye el deseo femenino y dejan a la mujer a merced de intereses monetarios.

El deseo de tener un hijo está relacionado a la esperanza de trascender. Una nueva generación implica la desaparición de la propia, y esta idea de finitud es la que la hipermo-

dernidad intenta por todos los medios negar. Nuestra época, hace que las TRA resalten algo de lo imposible que trasciende la realidad de la sexualidad y la muerte incrementando así el anhelo por aquello de lo que el sujeto es privado. Lo posible se convierte en un objeto de deseo y la ciencia incrementa con su oferta

cada vez más detallada, diría “niños y niñas a la carta”, una obligatoriedad: si es posible, lo quiero. Si la “biotecnología es definida como: “organismo, componente o sistema biológico para la obtención de bienes y servicios”, ¿qué tipo de bien sería un hijo?

Las TRA tuvieron su origen

R.A. *¡Qué sé yo!* en la búsqueda de una solución médica para parejas heterosexuales que no podían concebir hijos. Hoy nos encontramos ante el acceso igualitario y el derecho a crear una familia de personas solas o de parejas del mismo sexo. Este cambio de paradigma es mundial, y desde el año 2016, la OMS parece mantener en debate la intención de ampliar



la definición de infertilidad a los hombres y mujeres solas que quieran procrear. Los grupos que demandan su derecho a crear vida por medios asistidos son cada vez más amplios, y la ley lo ampara como derecho.

Todos estos cambios que influyen en las nuevas formas de parentesco, nos plantean nuevos interrogantes y sacuden un orden en las formas que la herencia del patriarcado ha ido dejando.

La repercusión que tendrán los avances de la genética nos lleva a plantear la necesidad de una regulación ética de los avances de esta ciencia. Es necesario comprender la importante repercusión que tiene y tendrá su labor en el desarrollo de las generaciones venideras.

Nos hemos acercado vertiginosamente a una parentalidad cuyas funciones maternas y paterna que trascienden al género y a la biologización entran en debate en los campos “psi”. Sin dejar de reconocer que la biotecnología ha mejorado el bienestar, el equilibrio ambiental, la salud y sin duda la genética en sus variadas aplicaciones, se va vislumbrando un producto humano biotecnológico, que las TRA posibilitan y que colocan al “niño” en un lugar de centro y creador de vínculos familiares. A su vez la crianza va perdiendo sus jerarquías, reduciendo la autoridad a

un plano en el que se desdibujan las diferencias. Padres y madres desorientados ante la tiranía de los “reyes y reinas” de la casa.

Este tiempo convoca al psicoanálisis y a sus psicoanalistas a reflexionar sobre estos hechos que nos confrontan con nuevos escenarios y prácticas que deben buscar respuestas. Es importante alejarse de posiciones prejuiciosas para poder escuchar el sufrimiento de un sujeto en una época sin espera.

Están ya en nuestras notas los interrogantes acerca de los efectos que traerán las transformaciones familiares en las nuevas generaciones. Interpelar y presionar a la ciencia para que su labor no siga en dirección al empobrecimiento subjetivo, es un planteo que debe encontrar vías para ser oído y escuchado.

Si pensamos que por un lado la ciencia lo hace posible, por otro la ley lo avala, y están los medios para tener hijos, ¿por qué no tenerlos?

¿De qué se trata entonces la concepción hoy? ¿Elección o derecho? Un cambio de eje muestra que más allá de desear un hijo se proponen los medios y la oferta. Si está en el mercado, es porque se puede utilizar. Entonces se reclama un derecho que convierte al bebé en un consumible más. Ante este panorama, ¿qué impacto tiene en la subjetividad del

niño por venir un origen guiado por un deseo imperativo de la ciencia?

En estos momentos en que la inmortalidad se vende en cada esquina, el psicoanálisis puede ofrecer un tiempo. Tiempo de espera que tenga en su excelencia esa misma vertiente única e inigualable que tiene la gestación en sí misma.

Esta “extraña” época actual necesita palabras, palabras que nombren, que señalen un origen, un deseo y un lugar donde advenir. Un deseo que no sea anónimo, que sea singular, y permita no perder de vista los ejes estructurales implicados en la creación de un nuevo ser.

La gestación humana no es animal, siempre implica una espera particular. Un cuerpo alberga y brin-

da hospitalidad, un pensamiento se ahueca y da lugar a fantasías sobre aquello que será. Así, la mujer se prepara para tender la mano y traer un ser al mundo donde, en el mejor de los casos, encontrará un rostro y una respuesta para que su llanto no caiga en el vacío.

SILVINA MOSQUERA GENLOT

Psicoanalista. Psicoterapeuta FEAP.

Fonoaudióloga por UMSA.

Logopeda CLC.

Perito Judicial Logopeda.

Fundadora del Centro Matices

Casteldefels en 2002.

Socia de ECPNA. Socia, Docente y

Seminarista en Apertura.

Coautora del libro *Llega un bebé*,

Ed. Océano 2008.

silvinamg1@hotmail.com



R.A. Mamita II

¿Qué tal la familia...?

JORGE CHAPUIS

¿Qué tal la familia...? Esta es una expresión de saludo de cortesía un tanto anticuada pero que aún persiste entre nosotros...

Hay respuestas típicas, como «muy bien, espero que la suya también». Es una respuesta banal pero muy inteligente y cautelosa... no da información precisa, lo cual tiene la gran ventaja de evitar responder sobre intimidades y además elude interrogarnos sobre quiénes son familia.

¿Qué es la familia? Hay respuestas simplonas y también sesudas si recurrimos a los eruditos. Sociólogos, antropólogos, religiosos, políticos, activistas, tienen mil versiones a las que podemos recurrir y con las que también polemizar. Pero a poco que nos interroguemos seriamente sobre la nuestra, el campo se abre como un melón que se escapa de las manos, cae al suelo y estalla.

Cuando alguien llega a la consulta de un psicoanalista aquejado de un malestar cualquiera que no encuentra fácil solución, ya sea lógica, medicinal, religiosa, dietética o esotérica, curiosamente acaba por hablar de la familia. Y allí el melón ya ha explotado... Porque aquel interrogan-



te del cual podría esperarse una respuesta general, se ha transformado en personal y nos compromete.

Se suele decir (y pensar) que la familia está en crisis. La queja proviene de quienes piensan que todo tiempo pasado fue mejor y no les gusta el momento actual, es queja banal pero aun así algo indica. Semejante afirmación parte de sostener un patrón de familia, un modelo supuesto, y encontrar en nuestro entorno a quienes no cumplen con la norma de integrarse en tal configuración. Hay observaciones más sutiles que lo enuncian diciendo que la familia tradicional está en crisis. Eso suena mejor... esa familia nuclear de padre, madre e hijos (triángulo escaleno heterosexual), la familia de toda la vida se difumina... Pero ¿cuál es la familia de toda la vida? La familia en las grandes ciudades suele ser bastante nuclear, pero no es igual a la de los pueblos donde tíos, abuelos, primos, están al lado y comparten el día a día. Basta con tener amigos civiliza-

dos en una cultura un poco distante de la nuestra para percibir que tampoco los roles familiares concuerdan con los propios. Incluso cuando observamos con atención a los más cercanos es usual que los roles nos parezcan algo extraviados; suele ser que estamos tomando como referencia los papeles o las funciones que imaginamos que deben cumplirse en una familia, que tiene nombres, digamos títulos, bien apalabrados.

En todo caso tanto la que está en crisis, como la que creemos que funciona, solo nos atañe por conformar referentes para aquella de la que somos parte.

Cuando se empieza a abrir el melón en la consulta psicoanalítica los roles se entrecruzan, los casilleros se hacen permeables. Y mamá, padre, el tío tal o la tía cual, empiezan a moverse libremente jugando sus papeles más allá de los supuestos establecidos para madres, hijos, abuelos, hermanos, por vaya a saber qué ideales que el lenguaje y la educación

han erigido en nosotros, cada cual por su lado.

Constatamos que poco importa si la familia es nuclear, extendida, monoparental, biológica, de acogida, o de cualquier otra categoría establecida por estudios científicos muy

legítimos. Aparece la nuestra y siempre hay una o más de una.

Por un lado es aquella que estaba ahí operando con nuestras emociones cuando fuimos niños, la que ha entregado las palabras que operan en la intimidad, la que aportó el material de nuestras pesadillas, aspiraciones, prejuicios, fantas-

mas, amores y deseos. Las manos que nos acariciaban y nos alimentaban, los cuerpos que nos abrigaban, protegían o rechazaban, las voces que marcaban con palabras nuestros berrinches y balbuceos. No hay humano posible sin ese amparo, pero tampoco hay normas para diseñarlo a voluntad. Cada civilización ha desarrollado sus propias formas y la nuestra sigue innovando.



R.A. Alguien

Recuerdo alguien que comentaba que antes de casarse y tener hijos pensaba que sería trasgresor al armar su familia, tanto en la relación con su pareja como en la crianza de sus hijos, pero cuando se encontró en el juego repitió a sus padres. No le fue tan bien. Sus padres estaban satisfechos con él, pero él no estaba conforme con sus hijos.

Cuando crecemos *nuestra* familia fluctúa. Si hacemos pareja, o criamos hijos, mascotas, plantamos árboles o creamos arte, armamos un entorno de afectos organizados con las marcas de aquella, reflejándola en un parque de espejos que la deforman, la invierten, la magnifican o la degradan. También hay otros que eligen el camino de la soledad, y en todos, la sexualidad está también allí complicando el asunto.

La experiencia analítica conlleva –entre otras cosas– una rectificación irremediable de nuestras familias, que no es una apuesta menor. Implica cambios de lugares, de certezas, de interrogantes, de amores y de odios. Habrá globos que desinflar, habitaciones que limpiar, armarios que desechar, libros que volver a leer. Un trabajo duro pero cuyos beneficios suelen palpase en el día a día de nuestras renovadas relaciones.

¿Por qué no designar como familia a ese grupo humano cuyo entramado de afectos mueve desde la sexualidad hasta la economía de todo orden y crea el espacio emocional en el que se juega la propia supervivencia?

La familia conforma gran parte del invento que cada uno ha de hacer para comprender la circulación de nuestros afectos, para acoger la sexualidad que nos recorre, para organizar nuestros intereses y descartes. Una invención personal que el psicoanálisis ayudará a forjar a quien se someta a la experiencia de decir ante otro lo que se le acurra sin medir las consecuencias.

JORGE-TEÓFILO CHAPUIS

Psicoanalista miembro de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano (IF-EPFCL), miembro fundador del Centro de Investigación Psicoanálisis & Sociedad y responsable editorial de sus ediciones (S&P. ed.). Autor de *Guía topológica para L'étourdit* y otras publicaciones colectivas. Colabora regularmente en varias revistas especializadas.

chapuis@telefonica.net



R.A. *Noche tunecina*

Un trozo de pan con mantequilla

(Sesión ficción de psicoanálisis aplicado)

Inspirado en la obra de Marc Chagall y en su autobiografía¹

MARIANA LEIBNER ALVAREZ

A veces ocurría. En los últimos minutos, el relato cambiaba el trazo de lo previsto —¡con lo ordenado que estaba quedando!— entonces, el silencio entre palabras se estiraba y su voz se iba afinando como el quejido de las cuerdas de un viejo violín. El pasaje entre el relato del sueño y las asociaciones que se encadenan con la palabra, se funde en un mismo trazo, y el pensamiento es un cuadro de capas superpuestas.

— ¿Y el hombre en el tejado? Preguntó la voz tras de sí.

...toc, toc, toc, golpea el suelo de la memoria con su bastón y una nube azul de tiza se levanta sobre los tablores de aquel suelo familiar en Vítebsk. Viajan las ideas a través del tiempo y el espacio con la ligereza fugaz de la asociación libre.

— Ese hombre tiene la soledad de mi abuelo, que una tarde trepó por la pared del patio, se sentó tranquilamente en el techo de la casa y se dispuso a comer un puñado de zanahorias. Y flota con la levedad de un tío lejano bailando en una boda judía en el pueblo; la espalda se le arquea como si viajara recostado de cara al cielo sobre el lomo de una cabra esponjosa, invisible y feliz. Soy yo, paseando con Bella una tarde de primavera antes de la guerra, caminamos en silencio y tomados de



la mano, con la sospecha de una despedida inminente. Son las manos de mi madre acariciándome la cara para ayudarme a disipar una pesadilla infantil y es también la pesadilla, un invierno en que la fiebre me hace soñar con un trozo de pan con mantequilla.

— ¿Un trozo de pan con mantequilla entre las manos?

Gira la yema del pulgar sobre la punta de los demás dedos, dibujando la curva del interrogante.

— Sí. Las botas sucias del camino, renegridas como las manos de un niño salvaje, se tienen que limpiar en la entrada porque el suelo está recién fregado. Mis lienzos han de tener alguna utilidad en casa. Son tantos los cuadros que pinto, que molestan, mi madre los descuelga de la pared y los reparte por el suelo de la entrada para que, mis hermanas primero y horas después mi padre, se sacudan la nieve y el barro de las botas. Una y otra vez, caen noches de lodo y hollín, cubriendo paisajes rurales y escenas cotidianas. Es un uso tan cotidiano que no

1. MARC CHAGALL, *Mi vida*. Barcelona, Acantilado, 2004.

recuerdo si alguna vez me molestó.

— Así se habrán estropeado varias de tus primeras obras. Parece que volvemos a un tema recurrente; el valor de tus creaciones.

— ¡Más se perdió en la guerra! Quiero decir, entre la revolución del diecisiete y el final de la Segunda Guerra, perdí decenas de cuadros, algunos muy apreciados. Quedaron desperdigados entre algunos mecenas y casas de arte, bajo la promesa de revalorizaciones que nunca llegaron. Yo mismo repartí por todas partes cientos de lienzos míos, me conformo con que alguien los cuelgue en una pared. Y muchas obras de mi mejor época cayeron en manos oportunistas, ocultándose a mi vista como monedas de cobre rodando bajo la mesa.

— ¿Bajo qué mesa?

— La mesa en la que cenábamos en Vítebsk. Recuerdo la noche en que les dije a mis padres que quería ser artista y buscar mi lugar en el mundo. Mi padre lanzó bajo la mesa un puñado de monedas forzándome a que me arrodillase para recoger su dádiva. Su rostro gris y surcado de arrugas me devolvía a la fragilidad de la niñez. Sus palabras, secas como las piedras, me hacían tartamudear. Ante su presencia rodaban las lágrimas como las monedas. A la mañana siguiente me fui de casa, con una maleta pequeña y la gran tristeza de alejarme de mi madre y mis hermanas, diciéndome a mí mismo que no regresaría jamás.

— ¿Tu deseo de ser pintor te im-

pulsó a partir?

— Sí. Para mí, ser artista es lo más valioso, es lo que le da sentido a mi vida. De alguna manera, soy lo que pinto. Mi obra fue siempre menospreciada por mi familia, sobre todo por mi padre, en un trato que es la prolongación del menosprecio con el que me trato a mí.

— ¿Él o tú mismo?

— Quise decir...

Un rubor tornasol tiñó las paredes justo en el momento en que el cuadrado de cielo que enmarcaba la ventana, fragmentaba su luz con un sol de invierno. La sesión, como la tarde, llegaba a su final, invitando a trazar una firma al pie.

Actualmente se conservan más de mil cuadros repartidos por el mundo, pertenecientes a la obra de Marc Chagall. En su mayoría representan escenas y personajes familiares, su lugar de origen o sus tradiciones. Con su creación artística ha regresado una y otra vez a Vítebsk a través de su pintura, expresando, en muchas ocasiones, metáforas sobre su propio deseo y fantasías oníricas.

MARIANA LEIBNER ALVAREZ
es psicoanalista y psicóloga clínica.
Se desempeña en la práctica privada
y en la institucional. Forma parte
de la red de profesionales de
Umbral-Red y es miembro del
Equipo editorial de la *Red-vista de*
Umbral

mariana@psibarna.com
www.psibarna.com

Tres poemas

ROSA NAVARRO

Padre, ¿no ves que no tengo brazos?

Se dibujó sin brazos
Era sólo una nena
Una nena sola
Viéndose des abrazada

Entregó sus brazos
Los dejó ir y
Abrazados a un cuerpo
Yacen enterrados
Junto al padre muerto

¿Cómo entrelazar la vida
si habita abrazada a la muerte?

Proyectó una ilusión
Ser abrazada por un renacido
Dibujando la magia
De una puerta entreabierta

Dando paso a la resucitación
De una mujer liberada
De ese abrazo mortífero
Morar entonces en el peligro
Del deseo femenino

¿Pues cómo sostener el deseo
identificada a un muerto?



Hospedó en cavidad adecuada
Una presencia viva
Un hombre advino
Presto al lugar del principio

Intento esforzado
De alojarse en la brecha
Siempre palpitante
Del deseo del padre
De su mortal insondable

¿Qué brazos la salvarán
si el amor acarrea unos brazos sacri-
ficados?

El sombrero de una familia

Sonríe ladeando el ala de
[su sombrero
¿Dónde vas papá?
A buscar los amores que tú
[no me das.
A buscar los amores, papá
Amores que tú no me das

Sonríe cobijándose bajo
[su sombrero

¿Dónde vas mamá?
A buscar el amor de mi vida
A buscar el amor, mamá
El amor que tú no me das

Sonríe enganchada a su sombrero
¿Dónde vas mi amor?
A buscar el nombre que te he de dar
El nombre que he de tomar
Si el otro nombre has de dejar

Se balancea solitario su sombrero
¿Dónde vas sin mí?
Donde yo no soy más que eso
Nada por aquí nada por allá
Sólo inexistencia bajo el sombrero

A una madre buena

Son palabras de hermana
Ahora somos dos
Y el verbo nos consuela

Murió como lo deseó
Y lo hemos deseado
Sin despertar dormida

Su ausencia de consciencia
Despierta la nuestra
Bajo el recuerdo
De una madre buena

Sigue durmiendo madre
Abraza el sueño ahora
Como antes tu amor
Abrazó el nuestro

Decirte adiós es fácil
Irse sin aspaviento
Dar con discreción
Recibir agradeciendo

Es su particular regalo
Generosa al consolar
Nos ha donado la paz
Que sin duda deja
Como una madre buena

La familia, ¡aún!

LAURA FRUCELLA

Hay una expresión que Freud utilizaba al hablar de la biografía de sus pacientes según ellos la relataban en análisis: la “novela familiar”. Un artículo suyo titulado precisamente “La novela familiar de los neuróticos”, examina las ficciones que los niños construyen acerca de los vínculos con sus padres. Freud constata la frecuencia de una fantasía infantil: la de sospecharse hijo de otros padres, y la explica como resultado de un intento por conservar a los padres idealizados de la primera infancia, puesto que en general ellos poseen virtudes y noblezas superiores a los reales. Además, el niño imagina, a veces, que esa puede ser la razón de cierto desamor parental.

Bien mirado, resulta curioso: si es cierto que esta fantasía tiene carácter casi universal, entonces podríamos decir que lo propio del sujeto en familia es pensarse desfamiliarizado, con una filiación diferente y secreta.

Nada hay de natural en la familia. Es verdad que en muchas especies de animales —no en los peces ni en los insectos— hay lazos familiares, pero se diferencian totalmente de los que se crean en la familia humana. ¿Cuál es, pues, su rasgo distintivo?

Es lugar común decir que la fa-



milia transmite valores, educación, normas. Pero también el sistema educati-

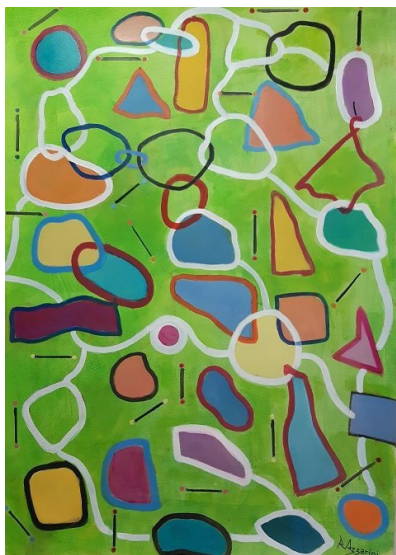
vo lo hace, además de otras instituciones sociales. Si quisiéramos encontrar lo específico de esa transmisión que ocurre en la familia, podríamos reducirlo a dos puntos: allí se aprende sobre el deseo y la prohibición, o dicho de otro modo, se aprende qué es lícito desear. Y la principal prohibición, de la cual emanarán más tarde otras, es una: el incesto.

Freud hizo de la prohibición del incesto el pilar de la humanización, el rasgo distintivo entre seres de la naturaleza y seres de la civilización. Para ello recurrió a dos fábulas. Una de ellas es el complejo de Edipo, basado en la tragedia de Sófocles, que se popularizó en todo el mundo. Mediante ella explica, a la vez, el deseo y el horror por la relación incestuosa entre madre e hijo. La otra fábula la inventó a partir de datos antropológicos de su época: con ella intenta dar cuenta de cómo a partir de un crimen, el del padre primitivo por parte de su descendencia —padre biológico pero no aún simbólico— se instaura la ley que media entre los seres humanos, y que da lugar al lenguaje, el deseo y la

“pulsión”, que es aquello que desnaturaliza el empuje de las necesidades y reemplaza al instinto. La ley moral, pues, sería fruto de un asesinato, precisamente el de aquel proto padre de la horda primitiva que no tenía límites en su goce, puesto que podía disponer de todas las hembras del grupo y someter a su descendencia. Esta ley funda la prohibición del incesto, pero también limita el sometimiento al otro y, fundamentalmente, el disfrute de todos los seres humanos, cuyos placeres serán siempre parciales.

El psicoanálisis ha recibido diversas críticas con relación al complejo de Edipo. La principal, que proviene del seno de algunas teorías feministas, apunta a que este modo de entender la dramática familiar consideraría al núcleo formado por la pareja heterosexual con su descendencia como una realidad universal y atemporal. Los lugares allí serían fijos: el padre representaría la autoridad; la madre, los cuidados. A esto se le ha dado en llamar heteropatriarcado. En defensa de Freud debemos decir que, en su época, esta era el tipo

de familia más corriente. Y es posible añadir: ¡aún hoy! Podemos prescindir de la fábula edípica, sin duda, gracias a que en la actualidad existen también otros tipos de familias, pero



R.A. Nu2

agreguemos que la mirada del psicoanálisis contribuyó también a pensar en funciones que pueden ser asumidas por personas distintas a las que le corresponden biológicamente. Es decir, la función de cuidados —que habitualmente se le supone a la madre— y la de “decir que no”, principalmente atribuida al padre, pueden

ser desempeñadas por otros personajes en la novela familiar.

Para Freud, el incesto verdaderamente horroroso es el que se da entre madre e hijo. No dice que las demás relaciones incestuosas sean inocuas, pero resultan secundarias, derivadas de esta primordial que erige a la madre en principal objeto deseado y totalmente prohibido, y al padre en agente ejecutor de esa prohibición frente a los hijos. Así es como Freud concibe que cada familia repite en su singular historia aquello que ocurrió en los inicios de la humanidad.

La actualidad nos muestra que

el incesto es repudiado en todas sus formas, tanto si vincula al padre o la madre con sus hijos o hijas, como si atañe a la relación entre hermanos. Hoy la familia puede configurarse de un modo totalmente diferente; puede estar formada a partir de una pareja de hombres, de mujeres, por un trío incluso, por sujetos transexuales, puede estar recompuesta con hijos de diferentes parejas, puede ser monoparental, etc. Pero la prohibición del incesto tiene aún una vigencia incuestionable, especialmente en estos días en los que el abuso infantil se ha convertido en el delito más condenado.

Nos asaltan, así, dos preguntas. Siendo que la sociedad de hoy ha podido abrirse a otros modos de relación que no son los clásicos de la norma hetero, ¿cómo es posible que siga habiendo, aún en sujetos que divergen en este punto, deseo de familia? Y también, ¿por qué el incesto sigue funcionando como la más determinante de las prohibiciones?

Los antropólogos han intentado dar respuesta al interrogante de cuál es la edad de la familia humana, si siempre la hubo, o comenzó bajo determinadas condiciones históricas. Claude Lévi-Strauss, antropólogo cercano al psicoanálisis, sostiene, en un texto de 1956,¹ que la familia, aun-

que configurada de modos muy distintos, ha existido prácticamente en todas las sociedades humanas. Con respecto a la prohibición del incesto, también le adjudica universalidad, pero rechaza la hipótesis biologicista según la cual esta prohibición estaría fundada en la prevención de posibles defectos genéticos, que es algo que aún hoy constituye una creencia generalizada.

¿Cuál sería, entonces, el fundamento de tal prohibición? Precisamente la necesidad de que haya otros lazos además de los familiares, esto es, que el individuo busque pareja y procrea más allá de los límites de su propia familia. Es aquí donde encontramos la diferencia fundamental entre la estructura familiar propia de la sociedad humana y la de los animales. Volvemos así a nuestra idea del comienzo, que puede parecer paradójica: es propio del ser humano, estando en familia, pensarse desfamiliarizado.

La segunda de nuestras preguntas es más difícil de responder. En los años sesenta y setenta hubo movimientos de abolición de la familia, que propugnaban un modo de vida comunitario donde los hijos fueran compartidos con personas sin lazos de sangre, así como también los cuidados y tareas que conlleva la crianza.

sobre el origen y la universalidad de la familia, Ed. Anagrama, Barcelona, 1974.

1 Lévi-Strauss, C. *La familia*. En *Polémica*

De ese modo se pretendía, además, plantar la semilla de una configuración económica y social diferente del capitalismo, puesto que la familia nuclear clásica se consideraba, desde esa perspectiva, como aquello que perpetuaba el sistema capitalista, al viabilizar la reproducción de la ideología y los estilos de consumo que impedían el paso a una forma de organización colectiva más igualitaria.

Sin embargo, muy poco de estas propuestas perduró. En lugar de quedar abolida la familia, los nuevos modos de relación entre los sexos entraron en ella, no sin dejar profundamente conmovidos sus lugares tradicionales —padre, madre, hijos—. Sorpresas de la historia humana. Hasta la feminista y abolicionista familiar Sophie Lewis admite que, si es cierto que *es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo* —frase que se suele atribuir a Jameson, a veces a Žižek— no lo es menos que es más fácil imaginar el fin del capitalismo que el de la familia.

Como lugar de pasaje inexorable, la familia es necesariamente el espacio de lo traumático, que no consiste en una fatalidad que pudo o no ocurrir. La esencia de lo humano es impensable sin el trauma, al cual podemos definir como el golpe inesperado y excesivo de aquello que nos deja sin respuesta por el hecho de

que la entrada en la civilización nos ha despojado del instinto. Nada hay programado en el hombre: venimos sin instrucciones para vivir, amar, trabajar, hablar o relacionarnos unos con otros. Cada familia, pues, lo inventa a su manera, y cada sujeto, en ese escenario, escribe su propia novela familiar, singular y única.

MARÍA LAURA FRUCELLA

es psicoanalista y escritora.

Doctora en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, Psicóloga (U.N.R) y Especialista en Psicología en Educación (U.N.R). Miembro del Fòrum Psicoanalític Barcelona. Integrante de la Comisión directiva del Centro de Investigación P&S (Psicoanálisis & Sociedad). Autora de *El corazón de la letra*, S&P ed.

Miembro del Equipo de Coordinación de Umbral.

Ha sido docente e investigadora en la Facultad de Psicología de la U.N.R. desde 1992 hasta 2002.

Miembro del Equipo editorial de la Red-vista de Umbral

lfrucella@hotmail.com

El psicoanálisis con los niños y sus familias en Ciutat Vella

MICHEL SOCORÓ CARRIÉ

El interés de este artículo parte de mi experiencia profesional en un Centro de Desarrollo y Atención Precoz (CDIAP) del Distrito de Ciutat Vella, en la ciudad de Barcelona.

Ya hace tiempo que en el abordaje del malestar en la infancia y, especialmente, en la primera infancia (0 a 6 años), el trabajo con la familia se considera fundamental e imprescindible.

La familia, podríamos decir, es el continente, el lugar o grupo primario de constitución subjetiva. Son esos Otros que nos criaron, con todos sus mitos, sus pesares, sus saberes e ignorancias, sus lenguajes e inquietudes, miedos, deseos, etc... Y todo eso nos antecede y nos constituye en mayor o menor medida.

Gran parte de las familias atendidas en el CDIAP de Ciutat Vella corresponden a la cultura pakistaní, bengalí, filipina, sudamericana y, en menor proporción, hindú, nepalí, y también marroquí.

Para estas culturas, las funciones parentales distan mucho de los parámetros a los que estamos acostumbrados en nuestra sociedad occidental contemporánea y requieren de

un enfoque adecuado, de manera que el trabajo terapéutico sea posible.

¿Cómo abordar los malestares en la infancia con este tipo de familias desde una perspectiva psicoanalítica? ¿Qué nos aporta el psicoanálisis en unas estructuras culturales y sociales tan diferentes de las que sirvieron de base para la creación de la teoría freudiana?

Pues bien, tanto para Freud como para Lacan, la influencia de los otros y los vínculos del niño con su grupo primario de pertenencia, la familia y con sus semejantes tiene una conexión directa con la subjetividad individual. A diferencia de nuestra sociedad occidental, donde el modelo individualista y capitalista adquiere su máxima expresión, en la mayoría de las citadas culturas (gran parte de ellas islámicas), los funcionamiento familiares adquieren características de clan, institución e incluso, en ocasiones, masa, con reglas, rituales, e imperativos morales de carácter absoluto y bajo pena de ex-



clusión o repudio, en determinados casos. ¿En qué circunstancias se da cabida al deseo genuino del niño en este contexto social y familiar, cuando el destino de este hijo/a esta ya determinado?

En muchos de estos países nombrados, como en tantos otros, las infancias no son las de nuestros hijos. Las prácticas de crianza obedecen y han obedecido a pautas transmitidas por generaciones para enfrentar diferentes dificultades, como la elevada mortalidad infantil, el robo, pérdida o intercambio de los hijos, el abuso sexual infantil, el trabajo infantil, los matrimonios infantiles, etc. Todo ello ha favorecido pautas de crianza hiperprotectoras y limitadoras de la autonomía. Los derechos de la infancia y la protección necesaria tiene un ritmo de desarrollo diferente al de nuestra cultura occidental.

Lo endogámico adquiere mucha más relevancia en estas culturas, donde son frecuentes los matrimonios entre primos y/o consanguíneos. Muchos matrimonios son concertados ya que el futuro de los hijos e hijas se debe al mandato e interés familiar.

A pesar de esto, la maternidad y la paternidad siempre implican un reto personal y es un factor de riesgo a tomar en cuenta para las parejas, en cualquier sociedad, poniéndose en

juego los modelos, las vivencias, las huellas que uno ha adquirido en su infancia.

Una de las características principales en la crianza de los hijos en estas culturas es el valor que se le da a la lactancia como alimentación privilegiada, alargándose hasta los 2, 3 o 4 años... El hábito del colecho es también una práctica frecuente, y, puede darse hasta los primeros signos de la pubertad.

En algunas de estas culturas, los hijos son criados por los adultos de la familia extensa, ya sean abuelos, tíos y cuando las mujeres son traídas a un piso de reducidas dimensiones en el Distrito de Ciutat Vella, además de la pérdida que supone el tránsito migratorio, deben enfrentarse a una maternidad en estas condiciones, en un lugar desconocido, una cultura e idioma diferentes, junto a un marido más o menos también desconocido o, en muchos casos impuesto. Se espera que estas madres ejerzan su función de cuidado y educación de los hijos, su ámbito de actuación es la casa, mientras que el padre cumple su función trabajando y ocupándose del sustento a la familia, en el mejor de los casos. Por descontado que además hay que añadir las dificultades económicas y de falta de trabajo en muchas de estas familias que viven de las ayudas de los servicios sociales.

En estas situaciones, los hijos quedan o bien atrapados en el pecho de la madre o en la cama de los padres (a veces sólo con la madre), o bien abandonados al consuelo de un dispositivo electrónico que los entretiene gran parte del día (iphone, tablet...). Los niños se relacionan con un pecho o sustituto (biberón, móvil o pantallas) que los colma en

que ha desaparecido y ellos también, es una angustia innombrable. En muchos casos existe una importante dificultad para tolerar el malestar y la frustración en los hijos, permitiéndoles todo tipo de deseos, especialmente en la alimentación. Así pues, a la dimensión cultural hay que añadir la situación de duelo migratorio, con las consecuencias que ello tiene para la socialización en nuestro medio.

Seguramente, para que estas madres y padres puedan favorecer a sus hijos la capacidad para estar solos (importante logro en el desarrollo infantil) es necesario que se encuentren en buenas condiciones de seguridad y



R.A. Homenaje a Freud

una satisfacción de tipo alucinatoria, desprovistos de vivencias y experiencias emocionales con un otro que esté en disposición de dar amor, ya que muchas de estas madres están deprimidas, bloqueadas y/o asustadas, aislándose en casa con sus bebés. Son niños que no se pueden separar, no han desarrollado la capacidad de representarse al otro ausente, calmarse con su recuerdo, con la huella que le han dejado en su interior. Necesitan la presencia física del otro en todo momento, ya que si no es así, sienten

confianza para poder transmitírsela a sus hijos. Para que los padres puedan dejar a los hijos solos hace falta que confíen en su capacidad de dar, de ser suficientes. Pero, estos padres y madres han estado criados con las mismas costumbres de colecho y sobreprotección, con límites difusos entre las diferentes generaciones.

Para un psicoanalista, en este tipo de situaciones vinculares, su función es hacer de garante del mayor grado de subjetivación del niño/a, es decir, de poder subrayar, focalizar el

propio deseo del niño/a, y ayudar a los padres a darle cabida, hacerlo surgir, y diferenciarlo del propio deseo de cada padre y madre. En definitiva, se trataría de acercarse a estos mundos extranjeros sin juzgar, con una escucha atenta y una mirada interesada, empatizando con estos padres y madres y comprendiendo su malestar para favorecer su implicación en las propuestas y señalamientos terapéuticos, rehabilitando los vínculos y las capacidades de los padres, promoviendo interacciones de calidad y amor suficientes que sostengan al hijo en sus conquistas del desarrollo (lo cual representan progresivas separaciones).

Con algunas de estas familias, cuando la relación terapéutica ha permitido exponer respetuosamente cómo consiguen compaginar la vida conyugal haciendo colecho con los hijos, reconocen que es una dificultad en sus vidas y se muestran abiertas a introducir cambios, a pesar de sus costumbres.

Así pues, la sexualidad sigue siendo una temática central en el psicoanálisis, también con las diferentes culturas, y su articulación en

la familia es una clave importante a considerar en el desarrollo del futuro sujeto en constitución.

Dialogar con estas familias sobre sus costumbres, sus infancias y tradiciones y cómo ellas inciden en la crianza, permite el cuestionamiento sobre los modelos preestablecidos por los que nos regimos, tanto unos como otros.

Enero de 2022

MICHEL SOCORÓ CARRIÉ

Psicoanalista, Psicólogo Clínico
y Grupo analista.

Durante varios años ha ejercido la práctica institucional en el campo de la protección infantil con familias en alto riesgo social.

Actualmente trabaja en Atención Temprana, CDIAP de Ciutat Vella.

michelsocoro@hotmail.com

¿Por qué mi madre no me quiere?

ROSA NAVARRO

Escucho esta pregunta de una hija, una pregunta repetidamente dirigida a sí misma pero también a un Otro materno, a quien ella convoca con insistencia y con un deseo desesperado de humanizarlo.

¿Qué frase más triste en boca de una hija!

¿Acaso no es este amor, el primer amor para todo ser humano?

Este yerro de origen sobre el amor obliga a una errancia vital, como si uno estuviese en una constante deslocalización. Algo que parece marcar el destino del sujeto, que está determinado por las palabras que le vienen del Otro.

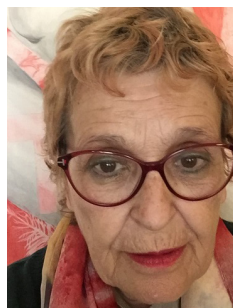
El Otro primordial, materno, habla a su bebé en una lengua primaria, lengua íntima, esencial, compartida, pero además lo nombra, con un nombre común que lo particulariza, por ejemplo, “tesoro”, “bubulina”, “amor”, etc.... El amor es la clave para esta primera e íntima lengua y para este primer e inaugural nombre, reconocimiento intersubjetivo necesario puesto en juego en esa relación transitiva entre madre e hijo.

La mujer deviene madre, en general, por amor a un hombre o a una mujer, y si ella reconoce esta especie de división entre madre y mujer y no olvida la mujer que es, además de ser

madre podrá verse en su bebé, ver en él su propia infancia, ver el bebé que ella fue también. Así la subjetividad de la madre aparece, se personaliza sonriendo, hablando y nombrando a su hijo, algo importante que alivia no solo al niño sino también a ella, pues la aligera del peso impersonal de su función de madre.

¿Puede una hija amar la niña que ella fue, si no se sintió amada por el Otro materno?

Este Otro puede presentarse con dos caras, una, abstracta, impersonal, demandante, angustiante, cruel, voz superyoica que no perdona; otra, compasiva, amparadora, consoladora, acogedora, rostro entonces humanizado. La segunda protege de la primera, la cual será reprimida y reducida a lo pulsional, por ejemplo, como pulsión oral en la bulimia, o como el grito y los sonidos, los cuales son primero materia pulsional, luego serán palabras transformadas gracias a la segunda cara, la cara comprensible del Otro, la de la mujer que devino madre, con sus afectos y angustias, quien a veces se ve sobrepasada por su función, y se arrepiente



de haber hecho mal las cosas con su bebé, en general cuando sin saberlo quiere colmar su propia falta colmando la del niño.

Abandonamos nuestra lengua privada hecha de las sensaciones e impresiones del mundo, que ya no

ficantes a partir de su pulsionalidad; de lo oral del alimento a lo oral de la voz, del grito, que es ya un llamado al Otro, vectorizado por la mirada y el momento de intercambio, ver al otro que lo mira. La pulsión se metamorfosea en palabras, esta meta-

morfosis está implicada en el proceso de subjetivación, así como ser llamado por su nombre. El nombre elegido por los padres pone de manifiesto la potencia simbólica del deseo del Otro. El sujeto dividido entre el lugar del Otro donde ha sido deseado y el lugar donde se resiste a ese deseo, afirma su propia existencia como sujeto gracias al nombre que le ha sido dado, el cual le procura entonces un solo lugar. De este modo, amarrado a su nombre



R.A. Amaru

entendemos, por amor a la persona de la madre, que nos ha reconocido.

El niño habla cuando ya tiene una vida pulsional y afectiva, él como sujeto forja sus propios signi-

puede subjetivar el goce pulsional al pasar de ser gozado a gozar.

La pregunta hecha un poco más arriba, en realidad es una pregunta retórica, pues depende de cada caso;

de cada sujeto; de los accidentes y encuentros, imprevistos, azarosos, contingentes, de sus efectos que sin saberlo llevan a actuar, puntos de inflexión hacia un tiempo otro y un cambio de sentido, solo reconocibles como tales a posteriori. Algo se escribe a partir del encuentro. El psicoanálisis permite aceptar lo accidental reconociendo el encuentro en vez de rechazarlo, que resulta fundamental para hacer algo con ello.

En el caso de la mujer que con frecuencia dice la frase del título, el arraigo de su convencimiento es tal que el drama del desamor materno atraviesa su vida por una autopista con entrada desconocida, y llegada al mismo sitio o a ningún lugar. Nunca entendió por qué su madre no la quería, la dejó en casa de los abuelos sus primeros años, al vivir lejos solo iba a verla en vacaciones, ni por qué se servía de ella y la utilizaba para pelear con el padre. Primero, preguntándose qué podía haber hecho ella para no merecer el amor de su madre, reaccionó queriendo convertirse en la hija que pudiera contentarla. Pero nada parecía hacerlo. Con más edad se dio cuenta de que la madre solo sentía interés por su propia hermana pequeña y sus hijas, por lo que intentó relacionarse más con ellas, pero igual recibía los desplantes maternos. No la dejaron estudiar más

allá de la educación básica obligatoria. Empezó a trabajar bajo el control parental del horario de trabajo, dado que no la dejaban salir de casa, vivían en una gran ciudad y todo era peligroso, también tenía que entregar el sueldo. Con esta edad dejó en suspenso la pregunta sobre el desamor porque deseaba liberarse, marchar de casa, cosa que hizo al cumplir la mayoría de edad.

Esta mujer dio un giro a su vida al independizarse, trabajó y estudió una carrera, que justamente tiene que ver con atender y cuidar a los otros. Lo más significativo es que pudo amar a una pareja, ser una madre, construir un hogar, no exento de problemas y conflictos, pero con una afectividad que posibilita sostener los vínculos en el tiempo. Sostuvo también lazos de amistad, ausentes antes de su salida de la casa parental.

Relato de una hija: “Mi madre engañó a mi padre y me abandonó cuando tenía 5 años. Tras la muerte de mi padre la llamé para que viniera, imaginé que me cogería de la mano y me consolaría diciendo que lo sentía y me echaba de menos, que lloraría y me pediría perdón, yo fantaseaba con terminar llorando desconsolada en sus brazos. Pero ¿sabéis qué dijo? Que estaba muy perdida cuando se divorció de mi padre y que no recibía suficiente pensión. Me preguntó

cuánto me había dejado mi padre y si ella no tenía derecho a una parte. Era la primera vez que me veía en 30 años y ni siquiera me preguntó cómo había estado y cómo me sentía. ¿Por qué alguien tan horrible tiene que ser mi madre? Con el embarazo me dije a mí misma que quería ser una madre cariñosa como me hubiera gustado que fuese la mía. Quería que mi bebé creciera sintiéndose querido.”

Una joven se preguntaba hablando de sí misma: ¿con qué vida soñaba esa chica?, ¿quería una vida normal o quería ser especial?, ¿soñaba con encontrar el amor? Además se lamentaba: he llorado a esa chica que fui muy tarde, he llorado por sus sueños malgastados, y no puedo recordar ni olvidar.

Enero del 2022.

ROSA NAVARRO FERNÁNDEZ
Médico Psicoanalista
con consulta en Reus
Miembro de Umbral,
red de asistencia psi,
y del Equipo de Umbral-Tarraco
Miembro de la Fundación Europea
para el Psicoanálisis
Forma parte del Consejo Editorial
de la revista *Trauma Estudios de*
Clínica Psicoanalítica
Publicación de artículos en *Trauma*,
Lapsus de Toledo
y en *La Clinique Lacanienne*.



Las imágenes en color incluidas en este número de la Red-Vista de UMBRAL han sido cedidas por RAUL AZARINI < razzarini@gmail.com >, psicoanalista y pintor.

Diseño, maquetación y producción <chapuis@telefonica.net>. Todos los derechos reservados. Asociación Umbral, CIF G-63642920, Travessera de Dalt 21, 1ª 2ª, 08024 Barcelona.

UMBRAL

es una red asistencial compuesta por psicoanalistas, psicólogos clínicos y psiquiatras, creada en Barcelona en 2002.

Se propone como una red solidaria y sin fines de lucro que ofrece tratamientos con honorarios accesibles a las personas o instituciones que lo soliciten, permitiendo así que las demandas no queden sin atención por motivos económicos.

Se trata de escuchar el malestar o la angustia con el tiempo necesario para acompañar a un sujeto hacia un cambio de posición subjetiva frente a su historia. Cuenta con sedes en Barcelona, Tarragona y Girona.

UMBRAL tiene el rasgo particular de haber conseguido un lugar en la comunidad a la hora de elegir un recurso para tratar el sufrimiento psíquico. La Red-vista de Umbral trata de llevar parte de esta experiencia a una publicación. Intentamos, pues, transmitir algo del estilo y del saber propio del psicoanálisis más allá del medio psicoanalítico. Para conocer más sobre Umbral y la Red-vista, puede visitarse nuestra página web:

<https://umbral-red.org>



UMBRAL - Red de asistencia "PSI" < <https://umbral-red.org> >
La REd-VISTA < red.vista@umbral-red.org >